“A que florezca mi pueblo”
IES 9.028
Santa Rosa, Mendoza

CARTA SOBRE LA

CELEBRACIÓN DEL FLORECIMIENTO DEL SENTIR EN EL APRENDIZAJE

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 7 de octubre de 2026.

Apreciadas, apreciados colegas responsables de la celebración en el departamento de Santa Rosa, Mendoza, del 14º encuentro de formación profesional “A que florezca mi pueblo”, Instituto de Educación Superior, IES 9-028.

Es un honor para mí unirme a la alegría de la celebración. Preciosa palabra ésta, en su origen se fraguó en el adjetivo latino *celeber* que significaba concurrido, frecuentado, que reúne gente, aquello a lo que muchos acuden. Su antónimo era *desertus*, desierto, abandonado, vacío de gente. Pues bien, amigas, amigos, uno no celebra en desierto, en el vacío de otros seres, lo hace con los demás, en un encuentro, en el ritual de estar con otros y de compartir.

Celebración en primer lugar de la morada. Quiero reafirmar con ustedes el carácter profundamente humano, casi sagrado, de la morada; desde los primeros balbuceos de nuestros ancestros sobre la Tierra, fue el espacio de la construcción de intimidad, de la palabra, de la caricia, de la vida en común. Sin ella, sin ese sitio adonde retornar después de la aventura del día, no hubiera habido humanidad. “A que florezca mi pueblo” es una manifestación educativa del Instituto entendido como morada, no se sostiene un aliento creativo de 14 años sin un espacio en el cual, desde un maravilloso brote inicial, se manifieste año a año el reverdecer, el abrir en flores la alegría de la celebración.

El proyecto tiene una historia que ha generado una memoria: nadie, desde el seno de la preciosa imagen del florecer, ha venido a demoler nada, sino a construir a partir de lo que se ha sido y se es, en la continuidad de la tarea de promover y acompañar aprendizajes. En esa manera de sentir y vivir nadie edifica sobre escombros, la comunidad educativa valora lo que ha creado y sostenido; año a año vuelven a brotar los bríos para crecer y transformar.

Todas, todos quienes han participado en los encuentros anteriores y vivirán el que florecerá en este mes de octubre, se celebrarán a sí mismos y a los demás. Curiosa palabra ésta que alude a los festejos, a las conmemoraciones, pero también al hecho de reunirse, de estar juntos, de participar. No hay celebración posible sin ese estar con los otros, sin sentir a los demás, sin ser parte de un colectivo, de una totalidad. Precioso sentido: de la soledad, del aislamiento, a la presencia de otros seres, rostros, vidas.

Del "yo pienso" al "pensamos", dice Freire. Del "yo siento" al "sentimos", añadimos. Del "yo me expreso" al "nos expresamos", del "yo investigo" al "investigamos", del "yo aprendo" al "aprendemos", del "yo comprendo" al "comprendemos". Y a la inversa, en un ir y venir desde el propio ser al de los otros y del de éstos al de cada quien.

Celebramos, entonces, la mutua confianza. Hemos escrito que no se puede aprender de alguien en quien no se cree, tampoco se puede enseñar a alguien en quien no se cree. Todo este continuo camino de florecimiento está sostenido por la mutua confianza, sin ella, sin esa capacidad de creer y confiar, no se hubiera avanzado ningún paso.

Celebramos la recuperación de la pedagogía en el ámbito de nuestras casas de estudio. Hasta hace no muchos años esa rama del saber era considerada *ancila*, criada de las ciencias. Pero sucede que la pedagogía se ocupa de la comprensión y de la promoción del aprendizaje y sucede también que nos construimos y humanizamos a través del aprendizaje, ¿cómo no celebrar el reconocimiento de un saber comprometido con esas preciosas tareas?

Celebramos el irreductible valor de cada persona y de la relación grupal.

Si nos detenemos en el término, podemos afirmar que nunca como hoy se ha producido una oleada de celebraciones a escala planetaria, sobre todo a través de las redes.

Pero hay celebraciones y celebraciones. Están las que llaman al diálogo, a compartir la dignidad de ser humano, a cuidar la palabra y los caminos del aprendizaje. Sin embargo, vivimos también los tiempos de otras celebraciones. ¿Se puede celebrar la crueldad? Se puede. ¿Se puede celebrar el ejercicio de un poder sin márgenes? Se puede. ¿Se puede celebrar como solución social la expulsión de miles y miles de seres de determinado país? ¿Se puede celebrar la mentira a escala planetaria, como si ella fuera tan natural como respirar? Se puede.

Llamo perversas a esas celebraciones que tanta presencia tienen en las redes. Necesitamos, como fundamental tarea de los ideales que compartimos, celebrar a seres y prácticas que nos han acompañado y nos acompañan en la celebración de la vida y de la palabra, en sus búsquedas, en sus haceres.

Hemos escrito mucho sobre la vida cotidiana y no es éste el espacio destinado a detallarla en toda su complejidad. Digamos que la misma corresponde a lo más cercano a nuestra

intimidad, a la relación que establecemos en el seno de los espacios humanos que nos acogen en la existencia, a las primeras miradas y caricias, a las interacciones con quienes entretejemos las relaciones más fuertes. La vida cotidiana nos constituye en lo profundo para siempre, si se la piensa en los primeros años, y nos sostiene a lo largo de toda la existencia. No hay ser humano posible sin ella.

Lo más precioso de la vida cotidiana se entreteje en la interacción con el otro, con los demás. ¿Hay otro camino para humanizarse? ¿Cómo hacerlo por fuera de la personalización, de las autorreferencias, de las conversaciones, de la emoción, del relato? ¿Cómo sin experiencias decisivas, sin humor, sin juego. Johan Huizinga nos enseñó mucho con respecto a este último en su maravilloso texto "Homo ludens". La humanidad se construyó en aspectos fundamentales a partir del juego.

"Fiesta es fiesta", decía hace años un amigo ecuatoriano, "si no hay color, si no hay música, si no hay risas, no es fiesta". Razón tenía, la fiesta ha acompañado a generaciones de seres humanos por siglos y siglos, sin ella la vida sería muy penosa.

No hay fiesta en soledad. Nos reunimos para sentir a los demás, para compartir, para convivir. Ya lo afirmaba don Simón Rodríguez, si el objeto de la instrucción es la sociabilidad, "el de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida".

Fiesta es memoria. No nos unimos como seres vacíos de historia, de experiencias comunes, de antepasados que entretejieron hilos que nos sostienen en la existencia. No celebramos en el vacío, celebramos desde culturas y voces que alguna vez cantaron como hoy lo hacen ustedes. Y no festejamos en el olvido de nuestros contextos.

Fiesta es arte. Se llega a ella desde multitud de creaciones, que cada cultura entreteje sus modos de sentir y de expresarse; tantos caminos como posibilidades tienen la música, el cuerpo y la palabra.

Un concepto clave para comprender el sentido profundo de este llamado a florecer es el de los *grupos fundadores* y, ligado a éste, el del *impulso fundador*.

En todo proceso alternativo, dentro de la línea de reflexión que nos ocupa, hay siempre un *grupo fundador* conformado por pocos o muchos entusiastas que se han congregado en torno de un proyecto y lo han echado a andar.

Estos grupos aparecen en diversas instancias del tejido social y tienen como característica fundamental *el entusiasmo, la entrega* a un proyecto. Tal entusiasmo, tal entrega, constituyen lo que denominamos *impulso fundador:* los integrantes del grupo trabajan a destajo, con una mística y un empuje que los hace precisamente fundadores. Nada los detiene en lo que consideran una misión.

Un impulso fundador no es definitivo, a lo largo de la historia de una institución se van dando sucesivos grupos fundadores y sucesivos impulsos. Cuando éstos faltan, todo tiende a la entropía, a la muerte del entusiasmo, a la burocratización en su peor sentido. A menudo la burocracia es enemiga de las transformaciones, por lo que busca asfixiar las energías de los grupos fundadores. Si éstos faltan, si se pierde el impulso, la institución continúa moviéndose por inercia, en una reiteración de viejos patrones, como si todo lo que hace pudiera repetirse al infinito.

El impulso fundador se cultiva día a día, en un seguimiento constante, en un compartir experiencias, dudas, problemas. *No se puede lograr una propuesta pedagógica alternativa sin un adecuado seguimiento.*

Como ustedes me proponen jugar, quiero expresarles en primer lugar que para mí todo acto educativo es un juego maravilloso en el que se involucran seres humanos capaces de gozar con la palabra, con la presencia del otro, con la mirada, con los gestos, con lo que se va creando, con lo que se aprende y desaprende. Lo contrario a la tensión vital del juego es el aburrimiento, es el tedio, es la carencia de entusiasmo.

Sin esa mirada y esa práctica pedagógicas que ustedes impulsan, no hay fundación ni refundación posible de entornos y comunidades de aprendizaje, no hay innovaciones, no hay tecnologías que valgan y no hay nada que se parezca a una organización de seres humanos que buscan aprender unos de otros.

Celebremos la diferencia. La pedagogía se ocupa de los seres humanos, de cada uno de ellos. No caben en su discurso y en su práctica las lejanías, tampoco los torrentes de despersonalización a que nos tienen habituados algunos paradigmas con pretensión científica.

Llamo discurso de lejanías a aquél que se articula como si no hubiera interlocutores, como si no se hablara con nadie, como si lo dicho se pudiera resolver sin referencias a vidas y experiencias. La pedagogía reflexiona y busca comprender el aprendizaje en el infinito océano de las vidas y las experiencias; en la deriva de cada existencia.

Imposible en el quehacer pedagógico despersonalizar el discurso, imposible no hablar con alguien, para alguien, desde alguien; imposible no traer a escena otras voces para alimentar el diálogo.

Dan sentido al discurso pedagógico los seres humanos que lo habitan, sin sus voces, vidas, experiencias, poco puede aportarse a la promoción y el acompañamiento del aprendizaje. La pedagogía es una rama del saber empecinada en los contextos, que no sólo de textos se construyen alternativas para la educación.

El primer texto de un ser humano es su contexto, así fue siempre. Y en el contexto están siempre los otros, no los conceptos flotando en el aire, ni las categorías, ni leyes de

determinada ciencia, ni las disciplinas. Quienes vienen a nosotros, las y los educadores, a aprender, lo hacen con una historia y con una cadena de relaciones imposible de dejar de lado. No recibimos en las aulas siempre las mismas generaciones, los mismos rostros, las mismas historias. Cuando no se trabaja desde la diferencia, desde la aventura de la construcción de cada ser, poco y nada se puede hacer a favor de la promoción y el acompañamiento del aprendizaje.

Cuando se ignora la diferencia quedan abiertos los anchos caminos de la indiferencia. No estamos, nunca, en el trabajo educativo, ante seres indiferenciados con todo el juego de esta palabra en relación con la negación de lo diferente y la actitud de indiferencia. Distinguir, reconocer lo diverso, lo distinto. Apelo a la poesía para ilustrar esa mirada y esa práctica, a través de la preciosa obra de Pedro Salinas.

¡Pasmo de lo distinto!
¡Ojos azules, nunca
igual a ojos azules!
La luz del día este
no es aquella de ayer,
ni alumbrará mañana.
En infinitos árboles
del mundo, cada hoja
vence al follaje anónimo,
por un imperceptible
modo de no ser otra.
Las olas,
unánimes en playas,
hermanas, se parecen
en el color del pelo,
en el mirar azul,
o gris, sí. Pero todas
tienen letra distinta
cuando cuentan sus breves
amores en la arena.

¡Qué gozo, que no sean
nunca iguales las cosas
que son las mismas! ¡Toda,
toda la vida es única!
Y aunque no las acusen
cristales ni balanzas,
diferencias minúsculas
aseguran a un ala
de mariposa, a un grano
de arena, la alegría

inmensa de ser otras.

Llevada esa vida al inmenso territorio de los seres humanos, la diferencia se acrece sin márgenes, educamos en océanos de diferencias, de modos de ser y de sentir, de contextos, de historias, de vivencias, de alegrías y dolores.

Gracias queridas, queridos amigos por la fundación y la continuidad del impulso de este hermoso proyecto. Gracias por la alegría, el sentir, el juego, el respeto por el inmenso concierto de las diferencias, gracias por entretejer la preciosa trama del sentir y el aprender.